

# EL ESPÍRITU DE LA CABAÑA

Era un día muy bonito y soleado en Miedes de Aragón, nuestro pueblo. Los protagonistas de mi relato somos Hugo, que es mi hermano, David, un amigo de Hugo, Luna y Alicia, que son amigas mías, y yo, que me llamo Inés.

Juntos éramos “LOS REBELDES”, así se llamaba nuestro grupo de amigos. En el grupo había más niños, pero nosotros éramos sus creadores, y los inventores del nombre. Para hacer más divertido el grupo, decidimos montar una cabaña. La cabaña estaba situada en un callejón sin salida, al lado de un pequeño río llamado Perejiles.

A ratos y a días íbamos por el pueblo buscando palés de madera, cajas de cartón, e incluso cuerdas, que siempre acabábamos encontrando por cualquier sitio. Con todas esas cosas, la cabaña se iba haciendo cada vez más grande, y más resistente.

Solo abandonábamos nuestro espectacular refugio para subir a nuestras casas y para aprovisionarnos de rotuladores, tijeras, papel, pinturas... Cuando se hacía de noche, después de cenar, siempre bajábamos a la fresca. La fresca era el momento de bajar a la plaza junto al resto de los niños del pueblo, y junto a algunos padres que bajaban también para vigilar a los más pequeños. Allí nos quedamos hasta que nuestros padres nos llamaban a gritos para que volviésemos a casa.

Una noche habíamos quedado para jugar al escondite y a un juego en el que simulábamos tener armas. Como algunas calles del pueblo no estaban suficientemente iluminadas, decidimos ir a casa de Mario a por una linterna. De camino de vuelta a la cabaña por el callejón oscuro, aunque ya podíamos iluminar el paso, decidimos contar algunos chistes graciosos porque seguíamos teniendo un poquito de miedo. Pero no funcionó. Hugo iba el primero porque ninguno quería ir delante. De repente se paró, y los demás nos paramos en seco también. Oímos unos ruidos como si alguien estuviese golpeando un metal contra el suelo. ¡¡TÍN POM, TÍN POM!!!. El miedo se volvió a apoderar de nosotros y sentimos la necesidad de echar a correr. Estábamos temblorosos, y de repente Hugo gritó... ¡¡UN ESPIRITU!! ¡¡UN ESPIRITUUU!!!. Echamos a correr como nunca habíamos corrido antes.

Al día siguiente, estábamos sentados en nuestra cabaña comentando lo que había sucedido la noche anterior. Ninguno de nosotros sabíamos exactamente de donde habían procedido los ruidos que escuchamos. Mario aseguraba haber oído los ruidos de un arma. David, el estruendoso sonido de una persona cayéndose, pero lo que más nos estremeció fue oír la palabra ESPIRITU. Para tranquilizar a todos les dije que había contado en casa todo lo sucedido. Mis padres me habían asegurado que los fantasmas no existen. Aunque esta explicación tampoco nos convenció demasiado.

Era casi mediodía, y el sol empezaba a calentar de lo lindo. Cual fue nuestra sorpresa, que volvieron a repetirse los misteriosos sonidos que tanto nos preocupaban. De repente Hugo se levantó y empezó a gritar... ¡Eh vosotros! ¡Que hacéis ahí!... al terminar de decir la frase se escucharon estruendosas explosiones de petardos. Salimos de la cabaña con mucho cuidado, y descubrimos que eran nuestro grupo rival, al que curiosamente ellos mismos hacían llamar “LOS PETARDOS”

Al ver que les descubrimos, echaron a correr y les perdimos de vista. ¡Que desagradables! Dijimos. Pero a la vez nos tranquilizó saber que muy probablemente los intrigantes ruidos que

tanto nos preocupaban, no eran fantasmas con sábana blanca, sino FANTASMAS DE CARNE Y HUESO. Aunque creo que estos últimos son mucho peores.

Una vez resuelto el misterio, decidimos ir a la piscina con las bicicletas a darnos un baño.

Esta es una de las numerosas historias que nos suceden a los niños en mi bonito pueblo en verano. Cuando a finales de Septiembre muchos de nosotros volvemos a la ciudad, el pueblo se queda triste, esperando a que volvamos al año siguiente.

FIN